

ADIOS A FRANCISCO ALEMÁN SAINZ

EN medio del verano ha muerto, en su Murcia, Francisco Alemán Sainz. Al empezar este curso nos ha llegado la noticia como una nueva carga.

Paco Alemán ha sido —y me cuesta emplear el pasado— un escritor, un buen escritor. Ha escrito muchísimo, en todos los géneros literarios: cuento, novela corta, ensayo, poesía, novela, guiones de radio, biografía, evocaciones históricas, cuadros de costumbres...

Muchas veces he pensado en la suerte difícil del escritor que vive en una provincia, al margen de los cenáculos literarios y de las grandes editoriales madrileñas o catalanas. En esos casos siempre me acordaba de Paco Alemán: su talento, su amplia cultura, su sensibilidad, su calidad literaria le hubieran hecho merecedor de un reconocimiento más amplio. No creo que le importara mucho.

Había aceptado ser una figura local. Francisco Javier Díez de Revenga, en las páginas de "Monteagudo", le ha llamado "el escritor murciano por antonomasia". Eso no suponía en él limitación de horizonte intelectual ni de altura estética. Su murcianismo iba unido, por ejemplo, a los nombres de Jorge Guillén y Juan Guerrero. Escribió sobre Gálvez pero también sobre Sherlock Holmes, "un personaje universal".

Había ganado multitud de premios, sin buscarlos excesivamente: lo normal en un "oficio literario", desarrollado con talento y perseverancia de años. La gente le recordaba, sobre todo, como autor de artículos y de



cuentos: lo efímero y lo que se apreciaba poco entre nosotros. Si se llega a estudiar el género con rigor suficiente no se podrá olvidar su obra.

Paco Alemán se anticipó —creo— a todos nosotros en su afición por lo que hoy llamamos subliteratura. Lo hizo, claro está, sin pedantería, sin semiología, sin picardía. Durante años, simplemente, buscó y leyó infinidad de obrillas que entonces solían ser despreciadas. Hace pocos meses los lectores del suplemento literario de este periódico pudieron apreciar su amplio conocimiento de la literatura de quiosco, según la denominación que a él más le gustaba emplear. Pocos españoles han sabido más de Charlie Chan y Nero Wolfe, de la Biblioteca Oro, de la novela del Oeste...

He coincidido con Paco Alemán muchos años en el Jurado del premio de cuentos Gabriel Miró, de Alicante. Era un hombre ingenioso, sutil, irónico. Solía callarse y dejar la palabra a su compañero murciano, el más vehemente, Antonio de Hoyos. Todos respetábamos mucho su criterio porque —nos constaba— él sabía apreciar la buena literatura.

De vez en cuando rompía su habitual silencio para lanzar una soflama irónica contra la literatura social, "de gente pobre". O contra los experimentos técnicos sin sentido profundo; "es un follón...", decía de algunos cuentos, y en sus labios ésa era ya una crítica suficiente. Amaba el libre juego imaginativo, la invención estética, el hallazgo. No le disgustaban —me parece— Pedro Salinas ni Jorge Luis Borges.

Sus ojos sonreían cuando imaginaba travesuras literarias. Era pausado, inteligente, zumbón. Se burlaba hasta de su sombra. Trabajaba mucho pero daba la impresión de que sólo le apetecía la holganza. Bajo su campechanía se ocultaba un espíritu sutil, mellada la posible acritud por el sabio escepticismo. Era mediterráneo y le gustaba comer bien.

Fue siempre fiel a su ciudad, a sus amigos, a su modo de entender la literatura.

(ABC, Madrid, 25 septiembre 1981)

